

Opulencia y fatalidad en San Agustín de Saña en el Perú, siglos XVII al presente

Sandra Negro
Samuel Amorós

La villa de Santiago de Miraflores de Saña, ubicada a 719 km al norte de Lima, fue fundada el 29 de noviembre de 1563 en una planicie situada en la margen derecha del río Saña, con 41 vecinos empadronados (Angulo 1935, 286). La finalidad oficial fue el establecimiento de centros poblados en áreas alejadas de las ciudades, donde todavía existía un descontrol político, económico y religioso a manos de encomenderos y misioneros. Fue uno de los 11 corregimientos de la Audiencia de Lima. El asentamiento inicial tuvo 20 manzanas de 117,60 m. de lado, habiéndose dejado una libre para la plaza mayor. Cada manzana tuvo 6 solares de 39,20 × 58,80 m. Además de la distribución para los vecinos en el momento de la fundación, se asignaron los solares para el cabildo, iglesia, hospital, carnicería y mesón (Harth-Terré 1974, 105). Tuvo un rápido desarrollo debido a su consolidación como centro de producción, así como de comercialización de frutos y bienes provenientes de Loja, Chachapoyas, Cajamarca, Piura y Trujillo, con énfasis en el trigo, maíz, jabones y cuero, todo ello favorecido por la existencia a corta distancia del puerto de pequeño cabotaje de Chérrepe.

La inadecuada elección del sitio fundacional hizo que quedara gravemente afectada por El Niño de 1578, que inundó severamente la villa, obligando a trazar nuevamente las calles y una parte de las manzanas, así como llevar a cabo las reconstrucciones necesarias en iglesias, obras públicas y viviendas. A principios del siglo XVII contaba con 5 iglesias dentro del casco urbano, que eran la Matriz y aquellas de

las órdenes del clero regular de franciscanos, agustinos, mercedarios y sanjuanistas. En las inmediaciones fueron erigidas la iglesia de Santa Lucía, que reunía a los indígenas de los 11 curacazgos locales (Huertas 1993, 164), así como la de San Joaquín (Wethey 1949, 121).

Los templos y demás edificaciones se vieron seriamente afectados por los terremotos de 1619 y 1687, que obligaron a realizar extensivas reparaciones. Si bien en 1686 la villa fue atacada por el pirata de origen inglés Edward Davis, que causó conjuntamente con 200 hombres, grandes estragos a nivel social y económico, las edificaciones no se vieron directamente afectadas, aunque los habitantes quedaron seriamente afligidos. Los episodios catastróficos a nivel constructivo han sido los mega-Niños de 1720 y 1728. Estas calamidades fueron consideradas por entonces como un castigo divino, por el comportamiento poco moral de buena parte de sus pobladores. A pesar de lo sucedido en 1578, nunca asumieron que la villa había sido erigida en un lugar totalmente erróneo, en el vado del río. A partir de las consecuencias de El Niño de 1728, buena parte de sus pobladores abandonaron paulatinamente el poblado, emigrando hacia Piura, Lambayeque, Chiclayo y Trujillo (Huertas 1993, 169).

El punto de inflexión se produjo con El Niño de 1720, que marcó el inicio de la ruina de Saña. Había estado lloviendo desde el 1 de marzo, razón por la cual no quedaban autoridades en el poblado, ya que se habían refugiado en el cercano asentamiento de

Lambayeque, ante la angustia de sus habitantes, que requerían se organizaran acciones concretas ante el inminente peligro (Hampe 2001, 24). Algunos de ellos habían buscado refugio, con toldos temporales, en las faldas del cerro Corbacho, mientras que unos pocos habitantes humildes debieron quedarse en el poblado. En la madrugada del 15 de marzo, el río se desbordó enfilando abrumadoramente desde el norte e inundándolo todo. Los pobladores huyeron desparvoridos tratando de alcanzar su salvación, por lo que solamente murieron dos negras esclavas, la una ciega y la otra fatua.¹ El poblado quedó destruido, el barro acuoso alcanzó por momentos una altura de poco más de 2,00 m. Las edificaciones que mejor resistieron fueron las iglesias, por sus estructuras en ladrillos y su esmerada técnica edificatoria. Había llegado el momento de plantearse su reconstrucción o su reubicación.

LA IGLESIA Y CONVENTO DE SAN AGUSTÍN

Fueron erigidos utilizando la segunda cuadra desde la plaza mayor, camino al norte ocupando una manzana entera. En el «plano de la ciudad de Santiago de Miraflores de Saña», mandado a elaborar después de la visita pastoral del obispo Baltazar Martínez Compañón entre 1782 y 83, no solamente se visualiza la devastación total del poblado debido a las inundaciones de 1720 y 1728, sino que por entonces los agustinos habían dejado definitivamente su iglesia y convento, los que se hallaban en un estado ruinoso. A partir de dicha acuarela es posible determinar que en la segunda mitad del siglo XVIII, el convento contaba con dos patios, uno mayor y el segundo de menores proporciones, además de la iglesia situada en la esquina de la manzana. En la actualidad, el segundo claustro no existe, debiendo haber quedado destruido en episodios catastróficos, tales como seísmos o en uno de los mega-Niños documentados en 1791, 1821, 1878, 1891 y 1925.

El convento se fundó en 1584 y fue admitido en el Capítulo Provincial de la orden en 1587. La construcción de sus estructuras debió comenzar en la última década del siglo XVI y concluir hacia finales del primer tercio del siglo siguiente. Esta afirmación se sustenta adicionalmente en un documento existente en el Archivo Histórico de San Francisco de Lima, que contiene un pleito entre franciscanos y agustinos

por el maestro Blas de Orellana, quien acusado de robo por los franciscanos, fue castigado a trabajar por unos meses en los arreglos de la iglesia de dicha orden en Saña, afectada por el terremoto de 1619. Estando allí decidió, sin permiso alguno, trabajar en las reparaciones de la iglesia de San Agustín, lo que motivó el conflicto. El documento señala que el prior de los agustinos declaró que la capilla mayor de la iglesia estaba apuntalada y el refectorio y otras dependencias a punto de colapsar.² Esto nos induce a pensar que ambas iglesias estaban terminadas o se hallaban en la etapa final de su construcción.

La iglesia presenta un atrio frontal donde están dispuestos en compás el frontispicio de la iglesia y la portería conventual. Como era usual, éste funcionaba como cementerio. En un documento de 1646, en el juicio que se siguió a Francisco Zavala, por el asesinato de su mujer en Saña, mientras estaba siendo conducido a la cárcel escapó de sus guardianes, arrojándose a la portería del convento de San Agustín, que estaba dentro del cementerio de dicha iglesia.³ El atrio se prolongaba lateralmente hacia la Epístola, donde se erigía la portada secundaria de acceso.

La planta de la iglesia ha generado a través del tiempo una extensa polémica, ya que se perciben 3 naves paralelas, la central y una lateral a cada lado. Para Harth-Terré se trató de una planta con una sola nave de seis tramos y sin crucero, que en el lado de la Epístola tenía una capilla de 3 tramos, y en el lado del Evangelio una capilla con 4 tramos, dos de circulación y otros dos propiamente para el culto (Harth-Terré 1974, 112). Los investigadores José de Mesa y Teresa Gisbert asumieron que se trató de una iglesia con una nave, flanqueada por «dos extrañas capillas» y que posiblemente la del Evangelio, que colinda con el claustro y termina en la sacristía con muro testero ochavado, pudo haber sido la primera temprana iglesia, lo que resulta desde nuestro punto de vista especulativo e improbable.⁴ Con respecto a la capilla del lado de la Epístola, la conceptualizaron como una capilla abierta en forma de templete, situación inverosímil ya que se trata de 3 tramos, de los cuales el primero parecía un templete debido al colapso de los muros perimetrales (De Mesa y Gisbert 1985, 342).

Tomando en cuenta su temporalidad, debió tratarse de una planta gótica de una nave, con el sotacoro de un tramo, la nave de tres y el presbiterio de dos. A ambos lados de la nave y a partir del segundo tramo, fueron propuestas capillas hornacinas. El acceso

principal estaba en el muro de pies y el secundario en el primer tramo de la nave, en el lado de la Epístola. Este segundo acceso generaba un eje transversal que posibilitaba transitar desde el atrio lateral, al primer tramo de la nave, prosiguiendo a través de un espacio de articulación cuadrangular de 7,55 m de lado, que interrelacionaba tres espacios arquitectónicos: el que contenía la escalera que ascendía al coro alto, el vano que conducía al claustro y el vano hacia las capillas hornacinas del Evangelio.

Finalizando el tercer tramo de la nave se visualizaban a cada lado, los pilares que sostenían al ahora inexistente arco triunfal que la separaba del presbiterio. Además, la capilla mayor se hallaba a un nivel más alto que la nave, porque entre ambos espacios existían 2 escalones, mientras que entre los dos tramos del presbiterio había otros 3. Tomando en cuenta la altura de la bóveda sepulcral, situada en el subsuelo del presbiterio, habrían sido necesarios otros 2 escalones para ascender al nivel del piso sobre el cual se apoyaba la mesa del altar y el retablo mayor. Hemos agregado en el levantamiento arquitectónico dichos 2 escalones a nivel hipotético.

Desde el presbiterio y descendiendo las 2 gradas, a través de un vano abierto hacia el Evangelio se acce-

de a un espacio cuadrangular de 7,27 m de ancho por 7,73 m de largo. El plano relevado por Harth-Terré, no ha considerado el vano que comunica el presbiterio con este espacio, mientras que dibujó un vano en el muro que vinculaba la última capilla hornacina del Evangelio hacia este espacio, el cual no pudo ser la sacristía como afirma en su texto, sino una antesacristía. Esta propuesta se sustenta a partir de los trabajos de escombrado llevados a cabo en el 2007, que liberaron una porción de muro con un vano central de jambas derramadas, que debió comunicar la antesacristía con la sacristía. Esta última queda entonces espacialmente reducida a nivel longitudinal. En cuanto al testero ochavado con contrafuertes exteriores, al presente no queda ningún resto arquitectónico o arqueológico que lo confirme. Desde la antesacristía también existía un vano que comunicaba con el claustro mayor del convento.

Para analizar el claustro mayor es necesario volver hasta el atrio, donde a través de una portada en compás con la de pies de la iglesia, se ingresaba a la portería conventual. Desde este espacio se accedía a una segunda habitación que comunicaba con el claustro, formado por un patio de gran amplitud, considerando que al tiempo de su construcción la villa de Saña

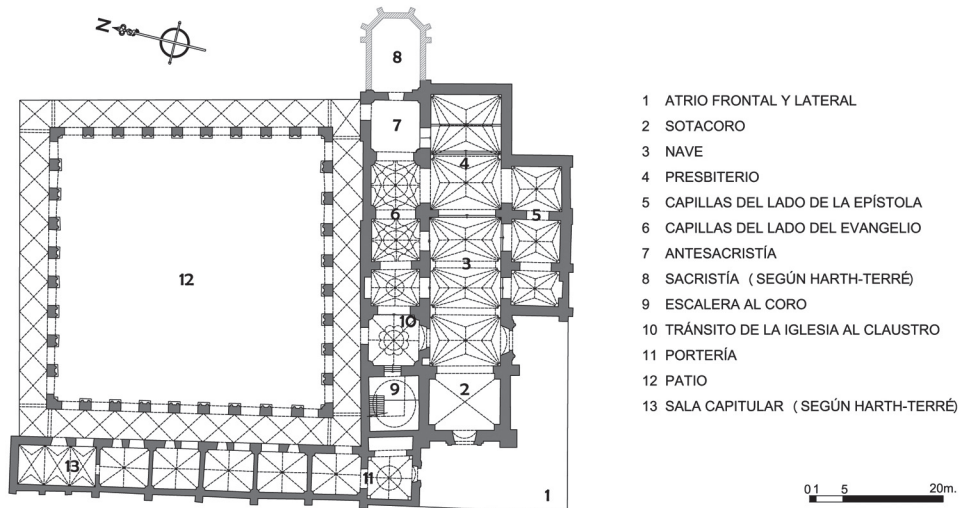


Figura 1

Planta de la iglesia y convento de San Agustín de Saña. (Relevamiento arquitectónico: Sandra Negro, Samuel Amorós y Oscar Vilchez, 2013)

contaba con cerca de un millar de habitantes. La planta del patio no es perfectamente cuadrangular, aunque esto se debe a la forma no exactamente ortogonal del trazo urbano de la manzana. A pesar de esta irregularidad, supera ligeramente los 40,00 m. de lado, dimensión extraordinaria si la comparamos con los patios de los conventos mayores de Lima, capital del virreinato del Perú. El perteneciente al convento mayor de San Agustín tuvo 32,20 m de lado, mientras que el más grande de la ciudad lo tuvo el convento de San Francisco con 33,60 m de lado. No deja de llamar la atención el ánimo de competencia y grandilocuencia de los agustinos en Saña, frente a las edificaciones de mercedarios y franciscanos.

Las cuatro galerías claustales estuvieron delimitadas por nueve arcos de medio punto en cada lado. Estos arrancaron de pilares lisos de sección rectangular, sin pedestal y sin imposta. Dichos pilares muestran un tratamiento arquitectónico solamente en la elevación hacia el patio, donde se consideró un pedestal elemental, sobre el cual se dispusieron medias columnas pareadas de fuste liso y capitel toscano. Encima del capitel, una almohadilla unificaba ambos soportes y desde allí arrancaba una rosca del arco, con su correspondiente archivolta, que destacaban volumétricamente de la rosca generada por la arquería de pilares lisos. El diseño retoma la estética gótica, donde la rosca del arco solía estar formada por una serie de molduras en disminución y que en el Perú continuó en uso hasta los primeros lustros del siglo XVII. En el espacio de la albanega observamos tres perforaciones de sección cuadrada de tamaño en disminución de arriba hacia abajo, las cuales debieron ser hechas para estructurar un elemento volumétrico colgante, quizás una cartela o algún elemento similar, que no ha llegado al presente. Hacia el lado del patio, la arquería remataba con un entablamento completo. Los soportes de las galerías fueron resueltos íntegramente con ladrillos, los que de acuerdo a la necesidad fueron moldurados.

De los cuatro lados de las galerías claustales, se conservan las habitaciones edificadas en dos de ellos. Uno corresponde a la iglesia y el otro a la crujía alineada con la portería. Los otros dos han desaparecido por completo, debido a diversos fenómenos naturales, de modo que desconocemos su desarrollo arquitectónico. El lado que permanece en pie está formado por el ambiente a continuación de la portería y cuatro espacios arquitectónicos de igual

tamaño (7,25 m hacia el claustro por 6,00 m de profundidad), de los cuales desconocemos su función, si bien debieron ser las habitaciones de uso principal y comunitario de la orden. Entre éstos y hasta el rincón del claustro, erigieron una habitación de 11,60 m de longitud por 6,00 m de profundidad, a la que Harth-Terré le otorgó la función de sala capitular, sin haberlo demostrado en ningún momento.

Sin duda se trata de una edificación de gran complejidad, donde a causa de las inundaciones del siglo XVIII y a los frecuentes seísmos, las investigaciones arqueológicas pudieran ser escasamente provechosas, mientras que las fuentes documentales se hallan al presente aparentemente agotadas.

ARCOS Y BÓVEDAS

Los vestigios existentes permiten establecer que los agustinos prefirieron emplear coberturas curvas para techar los tramos de la iglesia y las habitaciones de mayor importancia de su casa religiosa. La diversidad de diseños y tipologías constituyeron un repertorio que patentiza una polémica que había comenzado a finales del siglo XVI en la capital del virreinato, para discernir entre el uso de bóvedas de arista lisas propuestas por el recién llegado Francisco Becerra y bóvedas vaídas de crucería, utilizadas por los artifices afincados en Lima desde décadas atrás.⁵ Este enfrentamiento resumía el afán por permanecer dentro del antiguo pensamiento gótico proveniente directamente desde la península ibérica, ante la nueva ideología que propugnaba la naciente propuesta renacentista. Es notable que hasta en una apartada villa virreinal, se manifestara esta querrela, que si bien pareció terminar con una victoria de los conservadores, a la larga acabó configurando una parte del camino hacia el posterior y original barroco virreinal peruano.

Aunque la arquitectura de raíz gótica preponderaba todavía en las edificaciones de las primeras décadas del siglo XVII, desde un principio su adopción registró un cambio significativo en la curvatura de los arcos empleados en Europa, abandonándose por completo la forma ojival por la de medio punto, para constituir los diversos vanos y las generatrices de las bóvedas, tal y como ocurrió en San Agustín de Saña. Con la excepción del vano de ingreso a la portería del convento que posee un dintel, las formas curvas

prevalecieron en todas las terminaciones, contrastando y equilibrando la rigidez de las líneas rectas de los umbrales, peldaños, jambas, pilares, impostas y entablamentos.

Las vaídas de crucería fueron el grupo mayoritario de bóvedas empleado, adaptándose en la iglesia a una planta rectangular sobre el coro, así como en cada tramo de la nave y del presbiterio y también para cubrir a la mayoría de las capillas hornacinas de la Epístola y del Evangelio. Dentro de los parámetros acostumbrados de una planta cuadrangular, esta bóveda también se encuentra sobre el espacio de articulación desde la iglesia hacia el claustro y encima de la tercera capilla hornacina del Evangelio. Igualmente, en el convento se observan estas mismas coberturas encima de los dos ambientes de la portería, y pudieron estar sobre las cuatro habitaciones subsiguientes, que formaban parte de la crujía frontal con la calle, para adaptarse a la planta rectangular del extremo opuesto, configurando lo que Harth-Terré denominó como sala capitular, cuya área estuvo compuesta por tres tramos que nuevamente habrían estado cubiertos por bóvedas vaídas de crucería. Es posible suponer que tuvieron estas superficies curvas, porque todavía perduran las repisas o sotabancos, desde los cuales surgían buena parte de los nervios que estructuraban y ornamentaban las bóvedas.

Las bóvedas vaídas de crucería de la iglesia se caracterizaban por tener los nervios organizados bajo la forma de una estrella de cuatro puntas. Cada tramo de la nave estaba delimitado por arcos fajones de medio punto que se apoyaban sobre amplios sotabancos de mayor altura que voladizo, por lo cual propiamente adoptaron la forma estructural de una cartela. Dichos elementos arquitectónicos definían cada una de las esquinas de los tramos, integrando a su propia forma las respectivas repisas desde donde brotaban los nervios de las bóvedas.

Entre todas ellas destaca por las dimensiones del espacio que cubre y por su elaborado diseño, la construida sobre el coro, de 10,60 × 8,50 m. Adosado al muro de pies se ubicaba el nervio fajón, al igual que en el arco fajón hacia el tramo de la nave. Para cerrar el recuadro, apoyados a los muros de la Epístola y Evangelio se encontraban los nervios formeros. Los nervios diagonales que surgían desde las repisas, cruzaban completamente la bóveda, hasta alcanzar su ápice y proseguir hasta la repisa opuesta. Los nervios cadena se desarrollaban a 90° configurando una cruz,



Figura 2
Perú, iglesia de San Agustín de Saña (1590-1630). Vista de las bóvedas vaídas de crucería del coro alto a los pies del templo, que se organiza en una doble estrella, y del primer tramo de la nave. (Sandra Negro y Samuel Amorós, 2015)

que tenía la peculiaridad de no alcanzar a los nervios fajones ni a los nervios formeros, dejando claramente suspendido al signo cristiano sobre el intradós. Desde cada una de las repisas también brotaban nervios terceletes, que por la forma rectangular del espacio, abandonaron el eje de simetría del nervio diagonal, contándose tan solo uno de ellos hasta llegar al nervio cadena que se superponía al eje longitudinal de la iglesia y dos hasta el otro nervio cadena que lo intersecaba. Desde este momento ya quedaba perfilada una estrella de cuatro puntas hacia las esquinas, que fue amplificada con la adición de nervios combados, bien para definir una circunferencia concéntrica a la clave principal, como para configurar otra estrella alabeada también de cuatro puntas, pero con cada una de ellas dirigida hacia la mitad de los nervios fajones y formeros. Para completar la imagen, las intersecciones entre los nervios terceletes y cadena fueron destacadas con la adición de pinjantes con la apariencia de páteras. La clave principal sobre el ápice de la bóveda, que a su vez señalaba el cruceamiento de los nervios cadena y diagonales, también fue indicada con una pátera, pero a diferencia de las anteriores no tiene la superficie lisa, porque muestra al corazón asaeteado como signo identificativo de los agustinos.

En las bóvedas vaídas de crucería del primer y segundo tramo de la nave central, emplearon una versión simplificada de la cobertura del coro, porque ex-



Figura 3
Perú, iglesia de San Agustín de Saña (1590-1630). Vista de la bóveda vaída de crucería estrellada con los nervios combados formando una circunferencia concéntrica a la clave central, situada en el primer tramo de la antigua capilla hornacina del Evangelio. (Sandra Negro y Samuel Amorós, 2015)

cluyeron completamente los nervios combados. Debido a la actual inexistencia del tercer tramo y de los correspondientes al presbiterio, hemos considerado hipotéticamente que fueron bóvedas similares, como también lo anotaba Harth-Terré. Sin embargo, no podemos descartar que sobre la capilla mayor, los nervios estuvieran dispuestos para generar un diseño más esmerado y de mayor complejidad.

La capilla hornacina entre el presbiterio y la antesacristía, así como el espacio de articulación entre la iglesia y el claustro, desestimaron el uso de repisas, edificando desde los cimientos un cuarto de columna en cada esquina, para hacer brotar desde ellas a cada uno de los nervios diagonales y terceletes. Las otras capillas mantuvieron el uso sotabancos y en general, con los ajustes necesarios a las menores dimensiones de cada espacio, retomaron el diseño de los tramos de la nave, conservándose solamente la cobertura de una de ellas. De forma similar a lo desarrollado en la nave, empleamos la existente en el lado de la Epístola para proponer las bóvedas faltantes en las otras capillas de este sector. No obstante, la parte correspondiente a las capillas del Evangelio constituiría un punto divergente con la aparente repetición del mismo tipo de diseño de nervaduras indicado, porque mientras que en la primera de ellas agregaron nervios

combados para delinear una circunferencia concéntrica a la clave principal, en la tercera capilla hornacina adaptaron completamente el diseño usado sobre el coro a una planta cuadrada, reduciendo el número de cuatro de nervios que surgían desde la esquina a tan solo tres.⁶ Consideramos oportuno repetir hipotéticamente este mismo tratamiento de los nervios, en la segunda capilla hornacina del Evangelio.

Una bóveda vaída de crucería con características singulares fue construida sobre el espacio de articulación de la iglesia con el claustro. El perímetro de la bóveda quedó definido por nervios fajones y formeros, de cuyas mitades surgían los nervios cadena que se cruzaban con los diagonales en la clave principal y única. Lo novedoso y original de esta superficie curva quedó otorgado por los nervios combados, que concéntricamente definían una circunferencia, que sobre la base de un radio de mayor diámetro, reprodujeron además los pétalos abiertos y estilizados de una flor, para crear propiamente un rosetón.

La cobertura sobre la antesacristía, así como aquella de la sacristía constituyen un enigma que hasta el momento no puede ser resuelto. Si bien Harth-Terré propuso una peculiar bóveda, su conjetura no tiene asideros documentales ni arqueológicos, más aun cuando imaginariamente integró en una misma habitación ambos espacios.

Aunque desapareció la escalera original que posibilitaba el ascenso hasta el coro, el área que la contuvo todavía subsiste. Estuvo situada luego del espacio de articulación de la iglesia con el claustro, en dirección a la portería. Aquí se hizo alarde de un excepcional diseño, consistente en una cúpula rebajada de curvatura carpanel sobre una planta elíptica. La transición de la planta rectangular de la habitación se consiguió por intermedio de pechinas, sobre las cuales se apoyaba una imposta constituida por un entablamiento. Por las fotografías tomadas hace 50 años, sabemos que en el ápice existía un óculo que permitía la ventilación e iluminación. Si bien mantenía el intradós liso, en el extradós sucedía todo lo contrario, porque gracias al único nervio completo todavía existente y los remanentes, concluimos que hacia el óculo confluían seis nervios que reforzaban toda la cúpula.

Sobre el sotacoro de la iglesia, los agustinos eligieron cambiar completamente el programa formal de bóvedas empleado hasta entonces, dejando de lado las coberturas utilizadas y tal vez como una intrusión de

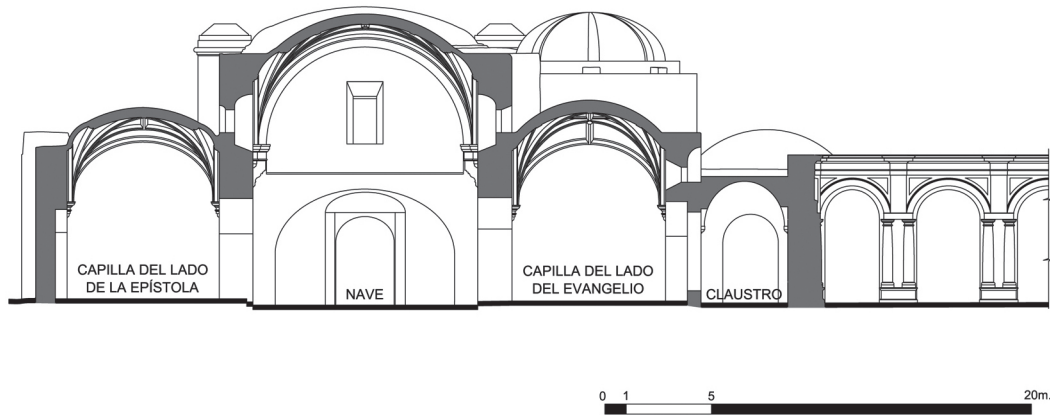


Figura 4

Corte transversal de la iglesia y claustro de San Agustín de Saña. (Relevamiento arquitectónico: Sandra Negro, Samuel Amorós y Oscar Vélchez, 2013)

la polémica desatada en Lima, eligieron construir allí una bóveda de arista lisa sobre una planta rectangular, cuya sencillez ornamental era lo primero que observaban los fieles al ingresar desde el muro de pies al imponente templo, que luego se desplegaba en múltiples y deslumbrantes tramos techados por bóvedas vaídas de crucería. Pero la bóveda de arista no quedó circunscrita a este único lugar. Por el contrario, los remanentes todavía indican que las galerías del claustro mayor estuvieron cubiertas por una sucesión de estas coberturas curvas, sin arcos que las separasen a excepción de los rincones de claustro.

Es probable que la crujía del convento hacia la calle tuviera una sucesión de bóvedas vaídas de crucería. A partir del atrio de la iglesia y hacia la portería, se contaban seis habitaciones similares, de las cuales todavía conservan la cobertura las dos primeras y la sexta. Estas bóvedas tenían en común el hecho de estar delimitadas por nervios fajones y espinazos, así como el compartir un mismo y sencillo diseño constituido por nervios cadenas y diagonales que se intersecaban en el ápice, configurando la clave única.⁷ Por esta circunstancia, hemos considerado hipotéticamente, que cada una de ellas tuvo la misma cobertura. A pesar de ello y posiblemente para enfatizar la importancia del espacio, la habitación inmediata al ingreso desde el atrio fue la única con repisas, desde donde surgían los nervios diagonales, que por el con-

trario no aparecían en los otros cinco espacios consecutivos, porque en su lugar construyeron cuartos de columnas, aún visibles en las otras habitaciones, inclusive hasta en las que permanecen en ruinas. Otro aspecto distintivo en ella, lo constituyó la existencia de nervios combados dispuestos para crear una circunferencia concéntrica a la clave.

Las formas curvas construidas lograron perdurar para establecer una declaración, que a pesar de estar fragmentada, permite vislumbrar una parte poco conocida y estudiada del pensamiento teórico plasmado en San Agustín de Saña, en un momento clave de la historia de la arquitectura virreinal peruana.

MATERIALES Y PROCEDIMIENTOS CONSTRUCTIVOS

La magnitud de una obra de envergadura como la tratada, solo pudo lograrse gracias a una planificación previa, un hecho que descarta cualquier suposición que pretenda entenderla, como el producto de una labor espontánea y de poca destreza.

Desconocemos la profundidad y espesor de los cimientos, porque no existe ninguna documentación virreinal primaria que la consigne, ni tampoco se conoce registro alguno de las calas exploratorias llevadas a cabo, al momento de realizarse las diferentes intervenciones de consolidación ocurridas durante la

segunda mitad del siglo XX. Pese a ello, en los sectores ruinosos es posible observar parcialmente el extremo superior de los cimientos, pudiéndose así deducir que consistieron en un conglomerado de mortero de cal y arena gruesa, junto con piedras rústicas de 0,30 m o más de longitud.

El empleo de coberturas curvas obligó a consolidar los muros de forma tal, que resistieran los empujes laterales, principalmente los producidos por la sucesión de los espacios con una mayor altura, constituidos por el sotacoro, la nave y el presbiterio, sobre los cuales se alzaban bóvedas que cubrían 10,60 m de luz libre. Por esta razón, construyeron muros con un espesor promedio de 1,60 m resueltos íntegramente con ladrillos de arcilla de $0,345 \times 0,165 \times 0,065$ m unidos con mortero de cal y arena, posibilitando que alcanzaran los 5,50 m de alto. A partir de esa altura, se proyectaban las cartelas que sustentaban los arcos fajones, transmitiendo los esfuerzos a los muros, de manera que era innecesario proseguir construyendo con un material tan costoso en la región. Fue así que para culminar el resto del paño vertical hasta la curvatura de las bóvedas, hicieron uso de un ingenioso sistema de arcos ciegos, empleando únicamente adobes asentados con mortero de barro, una solución mucho más económica.

El uso de contrafuertes externos en la iglesia estuvo limitado hacia el atrio lateral, donde los utilizaron



Figura 5
Perú, iglesia de San Agustín de Saña (1590-1630). Vista de la bóveda vaída de crucería en el tercer tramo de la antigua capilla hornacina del Evangelio, la cual repite en menor escala el diseño de doble estrella de la bóveda del coro. (Sandra Negro y Samuel Amorós, 2015)

para arriostrar los muros, desde la esquina externa del sotacoro, hasta la última capilla hornacina de la Epístola, prologándose los muros perpendiculares a la nave de cada capilla, desde 0,95 hasta tan solo 0,15 m. Es importante destacar que no queda rastro alguno de su empleo hacia el área donde estuvo el presbiterio. Tampoco fueron usados hacia el Evangelio, probablemente por la propia existencia del claustro en ese lado, que habría ayudado a transmitir mejor los esfuerzos generados por las bóvedas.

Para construir las bóvedas de crucería probablemente emplearon cimbras de madera para delimitar las curvaturas de los diferentes nervios, así como de cada uno de los plementos. Debe haberse tratado de una labor sumamente complicada, que demandó de la mayor experiencia y pericia de parte del artífice, operarios y peones, para llegar a plasmar la traza de cada cobertura curva a una altura que sobrepasaba la decena de metros. Para las nervaduras emplearon ladrillos moldurados de 0,50 m de longitud por 0,055 m de espesor, justamente los necesarios para poder maniobrarlos y conseguir las diversas curvaturas que exigía cada nervio. Estos ladrillos pendían del intradós de la bóveda, con un empotramiento en ella de 0,20 m y eran colocados de canto, con un mortero de cal y arena que en promedio llegaba a los 0,025 m. Los plementos fueron elaborados también sobre la base de ladrillos de $0,49 \times 0,265 \times 0,08$ m que también fueron dispuestos de canto con el mortero indicado. Finalmente, los paramentos e intradoses fueron enlucidos con yeso y encalados.

REFLEXIONES FINALES

Esta es una de las pocas obras íntegramente asociadas con la arquitectura gótica de finales del siglo XVI que perduran en el Perú, conjuntamente con los restos arqueológicos de las restantes cuatro iglesias. A lo largo de cinco décadas prácticamente no ha sido estudiada a nivel de análisis arquitectónico y constructivo, después de la publicación hecha por el arquitecto Emilio Harth-Terré en 1964. La planimetría de entonces, adolece de varias incongruencias entre las que destacan su forzada ortogonalidad, diferencias sustanciales en el ancho y largo de los muros, forma de los espacios, equivocaciones en la representación de las bóvedas y la presunción no documentada de elementos, todo lo que imposibilitó un análisis consistente y fundado.

En 1967 se realizó un Proyecto de Restauración del conjunto, cuyo levantamiento arquitectónico tuvo la finalidad de delimitar el área monumental y documentar el proyecto, del cual muy poco fue ejecutado. Estos planos no fueron publicados y al presente se hallan en el archivo del Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (CEDODAL) en Buenos Aires.

La presente contribución es la primera que se apoya en un levantamiento arquitectónico realizado con tecnología actualmente vigente y que al ser superpuesto a la planimetría de mediados del siglo XX, se genera una disimilitud significativa. Apoyados en el extenso trabajo de campo y el estudio minucioso de nuestra planimetría, estamos proponiendo una nueva interpretación de su arquitectura, completamente distinta a las anteriores. Concluimos que la planta de la iglesia corresponde a la tipología gótica de una nave con capillas hornacinas, con el presbiterio desarrollado en dos tramos.

Es importante destacar además, que esta ponencia constituye una aproximación parcial dentro de una investigación de mayor envergadura todavía en ejecución, que enfrentará y desarrollará ampliamente el comportamiento estructural del inmueble, los aspectos constructivos de su edificación y el complejo diseño de cada una de sus bóvedas.

El monumento requiere de un proyecto arqueológico integral, junto con estudios arquitectónicos y constructivos que apoyen su puesta en valor y gestión, que al presente se halla simplemente a nivel de escombrado y consolidación parcial.

NOTAS

- Esta información consta en la Certificación de la inundación de la ciudad de Saña, hecha por el escribano público Antonio de Rivera y firmada con testigos el 18 de marzo de 1720. Fue publicada por Alfonso Samamé Rodríguez en 1989.
- Archivo Histórico San Francisco de Lima. Registro 7, folio 94v.
- Archivo Arzobispal de Lima, sección Inmunidad. Legajo 7, Expediente 23, 1646.
- En la planta de la iglesia de San Agustín, publicada por Harth-Terré en 1964, figura una sacristía en el lado del Evangelio, de dos tramos y muro testero ochavado con contrafuertes exteriores, y el testero del presbiterio recto. No es posible contrastar al presente esta información, porque la sacristía ya no existe. Sin embargo, es importante destacar que graficó el muro testero del presbiterio de la iglesia Matriz, como interiormente ochavado, lo que no corresponde con los vestigios existentes. Al parecer asumió la planta a la altura de la repisa de arranque de las nervaduras de la bóveda de crucería y esto plantea una duda razonable para el caso de la sacristía de San Agustín.
- La confrontación alcanzó su mayor ebullición entre los años 1614 y 1615, con el proyecto de Becerra para las bóvedas de la Catedral de Lima. El tema ha sido desarrollado por San Cristóbal 1996, 39-43.
- El plano de Harth-Terré equivocadamente colocó sobre la tercera capilla hornacina –todavía en pie– la versión simplificada de la bóveda de crucería sin nervios combados, poniendo sobre la segunda capilla hornacina el elaborado diseño indicado.
- Harth-Terré reprodujo erróneamente sobre el segundo espacio de la portería una bóveda de crucería estrellada de cuatro puntas, similar a la existente sobre la capilla hornacina del lado de la Epístola de la iglesia.

LISTA DE REFERENCIAS

- Angulo, Domingo. 1920. «Fundación y población de la villa de Saña». En *Revista del Archivo Nacional del Perú*. Tomo I, 280-310, Lima.
- Harth-Terré, Emilio. 1974. «Los monumentos religiosos de la desaparecida villa de Saña». En *Perú, monumentos históricos y arqueológicos*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia. [El texto es idéntico al publicado en 1964 en los Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Universidad de Buenos Aires. Nº 17, 7-24].
- Hampe, Teodoro. 2001. «Un capítulo de la historia regional: la ciudad de Saña y su entorno ante la inundación (1720)». En *Actas de las I y II Jornadas de Historia, Perú-Ecuador un espacio compartido*, 9-36. Piura: Universidad de Piura.
- Huertas, Lorenzo. 1993. «Fundación de la villa de Santiago de Miraflores de Saña. Un modelo hispánico de planificación urbana». En *Historia y Cultura*. Nº 22, 145-205.
- Martínez Compañón y Bujanda, Baltazar Jaime. [1790] 1985. *Trujillo del Perú*. Tomo I. Madrid: Cultura Hispánica.
- Mesa, José de y Teresa Gisbert. 2003. «El arte del siglo XVI en Perú y Bolivia». En *Summa Artis*. Tomo XXVIII, 315-431. Madrid: Espasa-Calpe.
- Samamé, Alfonso. 1989. «Acta original de la ruina de Saña». En *Boletín del Archivo Departamental de Lambayeque*. Nº 1, 10-12.
- San Cristóbal, Antonio. 1996. *La catedral de Lima: estudios y documentos*. Lima: Museo de Arte Religioso de la Catedral de Lima.
- Wethey, Harold. 1949. *Colonial architecture and sculpture in Peru*. Cambridge: Harvard University Press.